

LAS BALEARES

DIARIO REPUBLICANO

AÑO II

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:—Calle del Conquistador número 43.

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LAS BALEARES D. Miguel Roca.

Palma de Mallorca Viernes 12 Agosto 1892

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:—UNA PESETA al mes en toda España.—Extranjero, CUATRO PESETAS trimestre.—Número suelto: DIEZ céntimos.

NÚM. 377

Se publica todos los días laborables.

Los bandidos de Cuenca

EPISODIO DE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL

DEDICADO A LOS

Partidos Republicanos Coligados de Palma

Ya me disponía á abandonar el hospital de locos de Granada donde, no curioso interés, sino exigencia sagrada de amistad habíame llevado á visitar á un infeliz compañero de la infancia, cuando al cruzar sus últimas galerías sentí una voz enronquecida que gritaba:

—¡Ahí están, madre; ya suben los carlistas!

Desanduve algunos pasos, torcí á la izquierda, y al terminar de un largo pasillo, fijéme en una pequeña ventana de gruesos barrotes, detrás de los cuales debía encontrarse la pobre loca que daba tan destempladas y extrañas voces. Me acerqué apresurado, y quedé sorprendido ante el triste cuadro que se ofreció á mis ojos.

Agarrada convulsivamente á los hierros de la ventana, lívida, llorando y con la vista anhelante en el oscuro fondo del cuarto, había una anciana que inspiraba compasión. Dentro, acurrucada en uno de los rincones, con las manos cruzadas y el rostro desencajado, estaba la loca en ademán suplicante, diciendo en el momento que llegué:

—¡No le matéis, por Dios! ¡Defiéndeme, Miguel, de estos monstruos!

El aspecto de aquella desventurada criatura aterraba y conmovía. Tendría poco más de los treinta años; y á pesar de que sus facciones estaban descompuestas por la excitación y el miedo, se adivinaban los destellos de una poderosa hermosura. Suelto el enmarañado y rubio cabello, brillantes sus ojos azules, agitado el pecho, y pálida como una muerta, parecía la imagen del terror.

Al mismo tiempo que me acercaba, presentóse un dependiente del establecimiento, y dirigiéndose á la mujer que gemía cerca de la ventana, le dijo:

—Señora, es preciso que se marche ya. El director no quiere que venga con tanta frecuencia á ver á su hija. Su presencia la irrita y usted también debe pasar muy mal rato.

—¡Pobre hija mía!...

—Vamos—le interrumpió el recién llegado,—decídase y demos término á la entrevista: el jueves entrará usted otro ratito.

Y luego, dirigiéndose á mí, continuó:

—Supongo, caballero, que será usted amigo de esta desdichada; llévesela pronto, que así conviene á las dos.

—Tome usted mi brazo, y salgamos—dije á la pobre madre.

Esta me miró con reconocimiento; envió á su hija un beso de despedida, y sin decir palabra agarróse á mí. Tiré de ella, y á los pocos momentos estábamos fuera de aquella lóbrega mansión: la anciana, silenciosa y llorando; yo, pensativo y triste.

Así cruzamos diferentes calles. La mujer guiaba, y yo no me atrevía á romper el silencio. Por último, en mi deseo de consolarla, preguntéle:

—¿Hace mucho tiempo que está loca su hija?

—No recuerdo la fecha. ¡Han pasado tantas cosas por esta cabeza! Pero nuestra desgracia empezó hace muchos años, cuando la toma de Cuenca por los carlistas. Somos víctimas de la pasada guerra civil.

—¡Lucha insensata y sacrílega!

Que yo contribuí á sostener. ¡Oh, si usted supiera cuán miserable soy!—añadió la infeliz con desesperada entonación.

—¡Usted!...

—Mi fanatismo y mi locura han labrado el eterno tormento de mi alma. Pero ya hemos llegado: en la guardilla de esta casa vivo. Si usted quiere saber hasta qué punto soy miserable, suba conmigo y oirá la narración de mis desdichas.

Y como yo vacilase, añadió:

—Suba usted, caballero. Me gusta recordar mi pena, y en la confesión de mis extravíos hallo consuelo.

Subí en silencio, y así que llegamos á la desmantelada habitación, la madre de la loca dió comienzo al siguiente relato.

I

Sin más familia que esa infeliz que usted acaba de ver, yo vivía dichosa en la ciudad de Cuenca, pues sin ser rica, poseía lo suficiente para pasar la vida con ciertas comodidades, sin privaciones y sin inquietudes.

Mi pobre hija, alma de ángel, me cuidaba con solcito cariño y adivinaba mis pensamientos: era la alegría del hogar, mi orgullo, la esperanza de mi vejez. ¡Si usted hubiera conocido á mi Francisca! No había en toda la comarca belleza más delicada, ni hija más obediente y buena.

—¡Cómo transforma el sufrimiento! La que usted ha visto hoy, es sólo sombra de su imagen; flor ajada por los huracanes de la vida.

Mimada por mi cariño, idolatrada por Miguel, su futuro esposo, iban á realizarse sus más ricos ensueños, cuando mi funesta ceguedad rompió el encanto, labrando la ruína y la desgracia de los tres.

Yo ¡insensata! buena como mujer, tierna como madre, sin rencores, sin esperanzas de miedo, era víctima de una aberración que ahora me avergüenza y que será remordimiento perpetuo de mi vida. Dominada por viejas preocupaciones, influida por la palabra y los escritos de los propagandistas del carlismo, fanatizada por las predicaciones del púlpito y por el consejo del confesor, hallaba justa la guerra que entonces desolaba las provincias del Centro.

—¡Infames!...

—La fogosa oratoria de Pidal me electrizaba; Manterola era mi oráculo; Nocedal mi ídolo; y al tener noticias de que por aquellas inmediaciones se organizaban y crecían las fuerzas del Pretendiente, batía palmas admirando á cuantos iban á tomar puesto en sus filas. Oyendo interesadas insinuaciones de los que yo creía virtuosos sacerdotes, desprendíme de parte de mi fortuna para contribuir á soportar los gastos de la campaña; y más de una vez sentí no tener un hijo que enviar á que muriese por lo que se me hacía entender que representaba la buena causa.

—¡Hasta ese extremo cegábame el fanatismo y

las exageradas ideas de que me ha curado para siempre la horrible lección recibida!

II

Un día, cuando ya se acercaba el señalado para los desposorios de Francisca, fatal pensamiento asaltóme al leer cierta proclama de D. Carlos, en la que hacía un llamamiento á la juventud y publicaba su seguridad de próxima victoria.

Sin meditar las consecuencias, olvidando el porvenir de mi hija, sin tener en cuenta que iba á desgarrar su corazón, concebí el proyecto de que Miguel fuese á engruesar las partidas que ya se habían presentado en nuestra provincia; y llamando al enamorado joven, le dije:

—Quieres mucho á mi hija, Miguel?

—Más que á mi vida, señora.

—¿Y si yo te impusiera una condición para ser su esposo, aceptarías?

—Sin vacilar, siempre que no se tratase de ningún acto indigno—contestó resueltamente.

—Al contrario. Se trata de cumplir como caballero y como cristiano. Yo quiero que vayas á defender al rey, la religión y la patria.

—Pero, señora, si yo no soy carlista. Si yo soy de los que lloran al ver cómo esa guerra sacrílega desgarrar el corazón de España; si yo amo la tranquilidad, y deseo ardientemente la pacificación del país.

—El país no será dichoso mientras no lo gobierne el rey legítimo, y á su triunfo deben concurrir todos los buenos,—insistí ciegamente.

—Pues yo no contribuyo á aumentar las agonías de la patria.

—Pues desde hoy renuncias á mi hija.

—¡Por Dios, señora!

—Si cumples con tu deber, al regresar de la guerra la mano de Paca será el premio de tu valor.

—¿Y si me niego?

—Jamás permitiré vuestra boda.

—No me precipite usted, por Dios, á lo que tanto me repugna; y déjeme en mi feliz apartamiento de las luchas políticas. ¿A qué lanzarme en ese revuelto torbellino? Cuando hay tantos que se afanan por despedazar esta desventurada nación, ¿qué falta hace el concurso de un hombre pacífico y honrado?

—Llegó el instante de que todos contribuyan á la victoria, y sólo deben vacilar los cobardes ó los desleales,—respondíle obstinada, sin pensar sus justos razonamientos.

—¡Soñada victoria que hace imposible el espíritu del siglo y los procedimientos que emplean esos fanáticos!

—No hay remedio, y déjate de reflexiones. O vas á cumplir tus deberes de español y de católico, ó todo concluye entre nosotros. No admito discusión.

—Basta, señora. Por Paca no habrá sacrificio que no arrostre. ¿Cuándo debo marchar?

—Mañana mismo, á unirte con las fuerzas de D. Alfonso y doña Blanca, que no están lejos. No le digas nada á Francisca esta noche. Que no sepa nuestra resolución hasta la hora de la despedida.

—No sabrá nada hasta mañana. Adiós, señora.

Y el apasionado Miguel separóse de mí, decidido á cumplir su ofrecimiento; pero sin ocultar la

repugnancia que le costaba el tener que ir á batirse en las filas de D. Carlos.

III

A la mañana siguiente presentóse Miguel en casa, dispuesto á llevar á cabo su promesa; y aunque no se lo había exigido, delicado y prudente, ocultó á mi hija las amenazas con que yo violentaba su voluntad.

—¿Pero es posible, Miguel—le dijo Francisca al conocer su propósito,—es posible que me abandones para ir á comprometerte en esa campaña hacia la cual has demostrado hasta hoy tanta repugnancia? ¡Tú carlista! ¡Tú mezclado en las contiendas civiles que tanto horror te causan! ¿Qué funesta ceguera es esta? ¿Te has vuelto loco?

—¿Y qué tiene eso de extraño?—repuse temiéndome que el joven vacilase ante las consideraciones de su prometida.—Miguel cumple con su deber, y su conducta me llena de alegría. Va á luchar por el rey legítimo, y al volver victorioso, tu mano será el premio de tan noble arranque.

—¿Pero estás decidido?—preguntóle con ansiedad.

—Es preciso, Paca; y dentro de algunas horas estaré en la facción. Tú que conoces mis ideas sobre la guerra; tú que sabes cuán alejado estoy de los disturbios políticos; tú que sabes cómo me horroriza la sangre, y cómo juzgo esta funesta lucha fratricida, respeta mi decisión, y no me mortifiques con tus reconvenciones.

—Asolados los campos, muerta la industria, sin movimiento el comercio, arruinadas las poblaciones, el hambre y la agonía en todas partes, ¿no te angustia la horrible situación de tu patria? ¡Y vas á hechar tú leño en la hoguera!

—Es preciso.

—No manches tus manos en sangre; no corras á una cierta perdición.

—Yo volveré, Paca mía.

—¿Pero cómo? ¡Con la conciencia oscurecida, con el remordimiento de haber aumentado el número de viudas y de huérfanos!

—¡Oh, calla! Y si me amas, déjame partir; déjame que cumpla el duro sacrificio.

—¡Ay, Miguel de mi alma!...

—Compadéceme, pero no me detengas—balbuceó el honrado joven, casi sin poder contener sus lágrimas.

Mi hija lloraba desconsoladamente. Yo, fanatizada y loca, presenciaba con gozo tan sentida escena.

Hubo algunos instantes de silencio. Los amantes se estrechaban las manos tiernamente y se miraban con tristeza. Inquietábame el temor de que Miguel se arrepintiera.

Pero éste era un gran carácter; estaba decidido, y haciendo un supremo esfuerzo se apartó de Francisca, diciéndole con resolución:

—¡Adiós... y no me olvides!

Ya en la puerta volvióse hacia mí, y tal vez presintiendo lo que iba á suceder, me dijo sombríamente:

—¡Adiós, señora! ¡El cielo nos ampare á todos!

Y partió desesperado.

Francisca, que ni aún había tenido fuerzas para contestar al adiós de su amante, cayó en mis brazos exclamando con acento desgarrador:

—¡Ay, madre mía! ¡Ya no volveré á verlo!

No sabía la infeliz que mi estúpido fanatismo era la causa de su desventura.

IV

A los pocos días supimos de Miguel. La carta que recibió Francisca acusaba una gran amargura, y en ella daba detalles horribles contándonos actos de salvajismo, impropios de hombres civilizados. Yo juzgué exagerada su narración; pero ¡ay!

bien pronto comprendí toda la horrorosa verdad de sus palabras.

Las facciones reunidas avanzaban hacia nosotros. Se proyectaba el asalto de Cuenca, y mi gozo era inmenso contrastando con el terror del vecindario y con la inquietud de mi hija, que temblaba por el triunfo de los sitiadores, á pesar de que entre ellos debía venir su prometido.

Al fin llegó la hora solemne. La guarnición se aprestaba á la defensa, las mujeres corrían á los templos, los tímidos se encerraban en sus casas, los más valerosos cogían el fusil y se lanzaban á las calles. ¡Qué estrepitosa confusión! ¡Qué ruina! Qué horas tan negras para la pobre ciudad!

Sobre el llanto de los niños y las mujeres, sobre los vivas de los soldados y los juramentos de los paisanos que ven en peligro su hogar y su familia, resuena el estampido del cañón, las descargas de la fusilería, el toque de avance de las cornetas y los roncós gritos de los combatientes.

Un gozo infernal me animaba; y en medio de aquel estruendo, sin que me preocupase el terror de mi atribulada hija, pedía á Dios el triunfo de los carlistas.

De repente, siento precipitado tropel en la calle; se levantan siniestras llamaradas; las puertas de las casas caen con estrépito, y los lamentos de los que mueren son sofocados por los hurras de victoria y las aclamaciones á D. Alfonso y á doña Blanca.

Corro desatentada al balcón, impaciente por saludar á los vencedores; pero en aquel instante resuenan en mi propia puerta furiosos golpes, y oigo á la soldadesca que grita:

—¡Abrid pronto, ó pegamos fuego á la casa!

Aún no había salido de la habitación en que me encontraba, cuando ya, violentadas las puertas, subía la escalera un grupo de desalmados, sedientos de rapiña y libertinaje.

V

En las miradas y en los ademanes de aquellas gentes se revelaba su funesta intención.

Dios me castigaba, caballero. Miré á mi hija y helóseme la sangre en las venas. ¿Qué iba á ser de nosotras en poder de aquellos foragidos?

—Vengan las llaves, vieja loca—gritó uno de ellos amenazándome con su cuchillo.

—Y tú, buena moza, no tiembles—dijo otro rodeando la cintura de mi Francisca, y besándola cínicamente en la boca.

La pobre niña dió un grito y pugnó por escapar de los brazos de aquel infame, lográndolo al fin por un esfuerzo desesperado.

—No te escaparás, niña mía,—dijo con diabólica sonrisa el miserable.

Y ya iba á lanzarse de nuevo sobre su presa, cuando, interponiéndose Miguel, que entró en aquel momento, lo tendió á sus pies, partida la cabeza de una tremenda cuchillada.

—¡Miguel!—exclamamos Francisca y yo, reanimadas con su providencial aparición.

—Sí, yo soy, que llego á tiempo de castigar á estos...

El noble joven no pudo acabar la frase. La bayoneta de uno de aquellos bandidos se hundió en su garganta; su sangre me salpicó el rostro, y rodó exánime á nuestro lado.

Francisca dió un grito supremo, desgarrador, inexplicable, y en vano quiso huir de los asesinos. El que por su ferocidad se había impuesto y capitaneaba el grupo, la retenía entre sus brazos de hierro.

Mi pobre hija clavó en mí sus ojos, los volvió después extraviados hácia el cadáver de Miguel, y rompiendo en insensata carcajada, gritó con acento sarcástico:

—¡Esto es la guerra!... ¡Viva la guerra civil, madre! ¡Viva D. Carlos!

Comprendiendo la amarga reconvención de estas

palabras, fuerte ante el peligro de Francisca, como fiera irritada, cual furiosa leona que mira amenazados sus cachorros, salté ligera sobre el miserable, diciéndole:

—¡Qué vas á hacer, maldito!...

Pero no pude sujetarle. En aquel instante sentí un golpe en la frente: una nube de sangre ofuscó mi vista y caí sin conocimiento.

VI

Quando recobré el sentido, mi pobre hija, insultada brutalmente por aquellos infames, había perdido la razón. ¡Ya la ha visto usted en la casa de los locos!

Saqueado mi hogar, perdida nuestra modesta fortuna, huyendo de los pueblos invadidos por las facciones, dejé á Cuenca, y vine aquí con mi hija al calor de unos parientes que ya no se encontraban en esta población. Agravóse la demencia de mi pobre Francisca, y fué preciso llevarla al hospital. ¡Estas han sido las funestas consecuencias del fanatismo y mi ignorancia!

—¡Cuántas infelices como usted ayudaron ciegamente á sostener aquella maldita campaña, sin saber que la guerra civil es el peor azote de las naciones!

—Lleva usted razón. El fanatismo de la mujer alimentó en todas ocasiones esas fratricidas luchas. ¡Qué insensatez la nuestra!

—¡Y cuán provechoso sería el conocimiento del tristísimo episodio que usted me ha referido!

—Pues yo autorizo á usted para que lo publique cuando lo juzgue oportuno, si cree que puede servir de saludable enseñanza. Y ojalá que las desdichas de esta desventurada madre sirvan para atenuar los efectos de la propaganda, que, ahora como siempre, llevan á cabo los sicarios del carlismo.

—Así lo haré, ya que usted me lo permite—contesté despidiéndome de aquella mísera anciana.

—¡Quiera el cielo que su trabajo despierte la conciencia de los insensatos que, en vez de predicar el amor y la concordia, excitan los rencores y desencadenan furiosa la tempestad!

—Quiera el cielo, señora, que mi esfuerzo sea provechoso, y que mi buena intención ayude á sofocar el incendio que aún late bajo las aparentemente apagadas cenizas. Dichoso yo si consigo que el relato de sus desdichas influya para que recobren el juicio los que, más que malvados, son imbéciles instrumentos de la pasión y de las ambiciones. Quiera el cielo que los que tanta sangre generosa han derramado, comprendan al fin que los que los agitan y los mueven no lo hacen impulsados por una fe y un entusiasmo que siendo sinceros merecerían respetarse, toda vez que la experiencia ha venido á demostrar que, andando los años, se rinden y adoran servilmente las mismas instituciones que anatematizaron, levantando contra ellas los negros y fatídicos estandartes de la guerra civil y conmoviendo en su asiento, en repetidas épocas, á la desventurada sociedad española.

ANTONIO LUIS CARRIÓN.

Sección de motines

HUELGA EN LOS ASTILLEROS DEL NERVIÓN

El día 5 se declararon en huelga los operarios de los talleres de maquinaria de los astilleros del Nervión.

La actitud de los obreros reconoce por causa el haber dejado cesante á uno de los operarios de carpintería que había estropeado una pieza.

Antes de declararse en huelga los obreros suplicaron al jefe de los talleres que admitiera al compañero despedido, sin que fueran atendidos sus ruegos.

El número de huelguistas asciende á más de 300, y todos ellos han pasado el día 6 reunidos en actitud pacífica frente á la fábrica.

Una comisión de éstos trabajadores visitó al general Cervera con objeto de exponerle sus quejas.

El general les contestó que si á las dos de la tarde y al toque de campana no acudían al trabajo serían despedidos todos.

Esta contestación disgustó grandemente á los obreros.

A las dos de la tarde sonó la campana llamando al trabajo, pero sólo un operario acudió á la fábrica.

Censúrase en Bilbao la intransigencia observada por el general Cervera con los huelguistas.

Aunque el pretexto de la huelga haya sido la despedida de un compañero, las verdaderas causas á que obedece la actitud de los obreros está en la falta de equidad con que se les trata en los talleres desde que éstos corren á cargo del Gobierno.

CRONICA LOCAL

Dícese que se dice, y aunque éste parezca principio de cuento yo te fio, amado Teótimo, que no lo es, sino de historia muy cierta y verdadera, que los grandes sacerdotes de la Coalición, después de mirar en torno suyo, y contar sus tropas con los dedos, que ya ha llegado el tiempo de llevar la contabilidad digitalmente, armaron sus catalejos y los asestaron al campo enemigo.

Allá al final del Borne divisaron á los conservadores, pero, amigo y señor mío ¿quién vuelve á las andadas? Cuantas y cuan risibles cosas quedaron más al descubierto que calva sin peluca con los pasados amoríos! Hízose aquella componenda á cencerros tapados, y los tales cencerros, á pesar de la tapadera, tocaron á rebato como si fueran otras tantas Alóis y se quemara la mismísima mitra de su ilustrísima. No repitamos la escena. Luego, que eso nos podría dar una apariencia de consecuentes en una marcha determinada; y esto sería la mayor de las inconsecuencias: necesario es firmar unas bases aprobadas en reunión pública, y luego protestar contra ellas en carta privada: preciso es proclamarse piísta, y luego presidir la Coalición, puesto que Pí excomulga las coaliciones ¿y ahora iríamos á continuar una política iniciada allá el año pasado? Eso ya es una antigualla, y los partidos avanzados necesitan ir siempre tras las cosas y las teorías nuevas.

Por otra parte ¿qué nos dieron antaño los conservadores á cambio de los sinsabores que en su holocausto padecimos? ¿Cómo han pagado nuestra adhesión, la preferencia por nosotros dada á su refocilamiento sobre las antiguas consecuencias, las probadas fidelidades, y los continuos sacrificios? Aún dura el estertor del pecho de ese organismo, cuya vida nos estaba confiada, y en el que quisimos ahogar la opinión popular, para imponer el capricho de la oligarquía, con el convencimiento de que al cortarle el resuello amenazábamos su existencia, y ya no quedan ni los cucuruchos de los dulces de la boda morgonática. Aquella real orden que todos soñamos haber visto y leído y leído, quedóse inédita en el bolsillo que afirmábamos que la custodiaba: aquellos cálculos hechos por quien no se ha equivocado nunca en cuestión de números salieron huecos: aquella sirena contra cuyos cantos debíamos tapiarnos los oídos, resultó ser la única voz razonable; aquella balanza que debíamos hacer para contrarrestar los votos fusionistas ha resultado una maza de Fraga que manejan nuestros aliados los conservadores descargando todo el peso de la mayoría sobre nuestras cabezas, y aplastando todos los proyectos propuestos por nuestros hombres. Se unieron con nosotros los conservadores para que sacáramos del atolladero á sus candidatos, aún con merma de los nuestros, pero después nos han dejado en la estacada en cuanto les hicieron carantoñas nuestros comunes enemigos. Fuera aliados desleales, que nos usan mientras nos necesitan, y nos relegan después al desván de los cachivaches.

Sigamos mirando con nuestro antejo de larga vista, y tal vez encontremos amigos más consecuentes, y sobre todo más agradecidos.

Así habló el astrólogo mientras limpiaba el ocular para seguir buscando el nuevo astro de sus esperanzas.

Miró, y, en efecto, un poco más allá de la simbólica fuente de las Tortugas descubrió la Peña Fusionista.

Armóse un heraldo con un pañuelo blanco, que había servido solamente para envolver un cirio la tarde del Jueves Santo, y con esta bandera de parlamento izada se presentó en el campo tantas veces señalado y estigmatizado como el de un enemigo irreconciliable.

Una colección completa de aquellos números de «La Opinión», «El Noticiero» y «La República» (todos impresos por inescrutables designios de la Divina Providencia en el establecimiento de don Bartolomé Rotger impresor y empresario) en los que se nos trata con la cariñosa deferencia de un leal compañero, regaláramos de buena voluntad por haber asistido á la conferencia y poderla comunicar hoy íntegra á nuestros lectores. ¿Cómo entraría en materia tan escabrosa el embajador? ¿Cómo compondría el rostro y las frases y los gestos y la expresión para que no resultase soberanamente cómica la entrevista? ¿Cómo echaría las cuentas galanas para deslumbrar al más lagarto de nuestros hombres políticos? ¿Cuántos centenares de votos republicanos ofrecería para la candidatura monárquica?

Todo esto, tan titánicos esfuerzos, tan maquiavélicos planes, tan refinada diplomacia ha tenido que quedar sepultado en el panteón obscuro del olvido. ¡Qué grande ejemplo pierden nuestros nietos!

Lo cierto es, cándido Teótimo, que el heraldo salió con las manos en la cabeza, y el blanco pañuelo ante los ojos.

Los cien votos de Andraitx y los setenta y cinco de Lluchmayor, y los cincuenta de Sóller y los veinte y cinco de cualquiera otra villa no habían ilusionado á los fusionistas.

Oh desprestigio del gran partido republicano, del partido de las masas, del partido que con el sufragio universal no había de encontrar valla para los caprichos de sus prohombres!

A esta vergüenza te han conducido los desaciertos de tus directores, de esos hombres que antes que confesar su incapacidad para llevarte al triunfo, y retirarse modestamente por el foro, han preferido aniquilarte, y sobre aniquilarte evilecerte.

Volvió el nigromántico á cargar con los bártulos, encaramóse otra vez en la azotea del Centro de la calle de las Miñonas, armó el trípode, colocó la trompa, orientó el instrumento, aplicó el ojo en el orificio, y algo más lejos que la calle de la Unión, allá en los comienzos de la Plaza del Mercado divisó el Club Carlista.

Qué centellear de la mirada, qué palpar del corazón, qué latir de las sienas! Allí está si no la probabilidad del triunfo, el velo con que cubrir la manifestación de la desbandada.

Los carlistas no han detriunfar: los coligados tampoco; pero ¿quien va á distinguir los votos que los republicanos de la Coalición den á los secuaces de D. Carlos, de los que los partidarios de la Inquisición darán á los sectarios del libre pensamiento? No exige la ley electoral que los unos vayan á votar con sotana y los otros con mandil; y aunque lo exigiera con no cumplirla, en paz.

Más ¡ay! que cuando los tradicionalistas palmesanos, personas formales al fin, se vayan enterando de la concurrencia que acude á las reuniones públicas convocadas con bocina por un secretario anónimo, cuando sepan que pasados desaciertos aguaron el entusiasmo que un día animó las masas, cuando se convenzan de que la política de repulsión de los preclaros genios coalicionistas hicieron enmudecer las bocas más elocuentes, y que hoy hay que recu-

rrir para enardecer al pueblo á oradores verdaderamente tribunicios, cuando vean que para expulsar el caústico que se habían metido en el ojo aquellos prohombres apagaron el fuego sagrado; se apresurarán á volverles la espalda como los conservadores, y á cerrarles las puertas como los fusionistas.

Que siempre vale más ir solos que mal acompañados.

En la tarde de ayer un criado que montaba un caballo, viniendo del punto denominado *Es Jonquet*, tuvo la desgracia de caerse fracturándose el brazo izquierdo.

Fué curado en la casa de Socorro por el médico Sr. Gayá.

Para ante la Alcaldía están citados hoy un matrimonio de la calle de los Hostales, motivado por un escándalo mayúsculo promovido ayer tarde, y dos mugeres y un hombre que á altas horas de la noche alborotaron el vecindario con otro escándalo de órdago.

PLAZA DE TOROS DE PALMA GRAN CORRIDA DE NOVILLAS

para el Domingo á las 4 y media de la tarde.

Se lidiaran 4 bravas novillas por los afamados diestros Antonio Domínguez de Madrid y Fernando Cordero (Sevillita) de Sevilla con su correspondiente cuadrilla.

PRECIOS

Entrada de Sombra.	1 Peseta
Id. para Señoras, niños y soldados.	0'50 »
Entrada de Sol	0'50 »
Id. para Señoras, niños y soldados.	0'25 »
Palcos, 5 Pesetas.	

TELEGRAMAS

(De la prensa asociada)

Madrid 11, 9-10 n.

El Consejo de Ministros no se ha ocupado en cuestiones de Hacienda; ha tratado principalmente de la cuestión sanitaria, acordando no tomar precauciones contra Francia.

Mañana marchará el Sr. Cánovas.

Madrid 11, 9-15 n.

Tánger.—En el ataque que tuvieron ayer los rebeldes y los leales, éstos fueron rechazados. El ejército del Sultán está desmoralizado. Espéranse refuerzos para tomar la ofensiva. En Tánger reina pánico, pues la insurrección aumenta. España tendrá una escuadra en el Estrecho para preveer las contingencias que pueden ocurrir.

ULTIMAS COTIZACIONES PALMA

Crédito Balear.	110'75
Cambio Mallorca.	61'50
Ferro-carriles de Mallorca.	60'50
Alumbrado por gas	105'00
Salinas de Ibiza	190'00
Sociedad General Mallorquina.	80'00
Bonos Municipales	25'00
Isleña Marítima	43'00

MADRID

4 p \otimes interior.	69'70
4 p \otimes amortizable.	70'65
Cubas	106'00
Banco de España.	367'00
Arrendataria de Tabacos.	112'00

BARCELONA

4 p \otimes interior.	69'65
Exterior.	73'75
Cubas	106'00
Coloniales.	45'80
Nortes.	45'90
Francias	30'15
3 p \otimes renta francesa.	99'40

SECCION DE ANUNCIOS

FERROCARRILES DE MALLORCA

Servicio de trenes que regirá desde el 1.º de Abril al 30 de Septiembre de 1892.

De Palma á Manacor y La Puebla: á las 7:50 mañana, 2:15 y 4 (mixto) tarde.

De Manacor á Palma: á las 3 (mixto), 7 mañana y 5:45 tarde.

De La Puebla á Palma: á las 7:25 mañana y 5:55 tarde.

De La Puebla á Manacor: á las 7:25 mañana, 2:45 y 5:55 (mixto) tarde.

De Manacor á La Puebla: á las 7 mañana y 5:45 tarde.

Tren periódico.—Días de mercado en Inca: De Inca á Palma, á la 1 tarde.

CORREOS

SALIDAS DE PALMA

Para Barcelona, martes 4 tarde y domingo 8 mañana (vía Alcudia).

Para Valencia jueves 4 tarde.

Para Ibiza y Alicante, domingo 8 mañana.

Para Mahón, lunes 4 tarde y miércoles 2 tarde vía Alcudia).

LLEGADAS A PALMA

De Barcelona, jueves 10 mañana (vía Alcudia) y sábado 7 mañana.

De Valencia, lunes 7 mañana.

De Alicante é Ibiza, miércoles 10 mañana.

De Mahón, lunes 10 mañana (vía Alcudia) y jueves 7 mañana.

La curación del

DOLOR DE MUELAS

y la hermosura de la

BOCA

se logran siempre con el uso de la

MENTHOLINA DENTÍFRICA

que prepara el **Dr. Andreu**, de Barcelona, á base de quina calisaya y menthol del Japon.

Con el uso de la **MENTHOLINA** se consigue siempre calmar el dolor de muelas, emblanquecer y fortalecer la dentadura, aromatizar el aliento y dar vigor á las encías, evitando así la caries y la oscilación de los dientes.

Su olor y sabor son tan esquisitos y agradables, que deja la boca fresca y aromatizada por mucho tiempo.

La **MENTHOLINA** en polvo, usada con el elixir aumenta la blancura y belleza de los dientes

Pidanse en todas las farmacias, droguerías y perfumerías.

GRAN HOTEL

de ROMA

—ALICANTE—

Establecimiento de primer orden suntuosamente amueblado á la altura de los principales del extranjero.—Salones de reunión y de lectura.—Biblioteca.—Sala de baños.—Luz eléctrica en todo el Hotel.—Timbres.—Teléfonos.—Intérpretes en todos los idiomas.

Lujosas y confortables habitaciones para familias y personajes. Cocina francesa, inglesa y española.

Coches de lujo y omnibus á todos los trenes y vapores.

Director gerente

D. Juan Pomares Zaragoza

SOCIEDAD del ALUMBRADO por GAS

Acordado por la Junta de Gobierno el reparto de un dividendo á cuenta de beneficios, se pone en conocimiento de los Sres. Accionistas que el pago tendrá lugar todos los días laborables de 10 á 1 de la tarde desdemañana hasta el 3 de Septiembre próximo, y despues de este día solamente los viernes.

Palma 12 de Agosto de 1892.—El Director, Eusebio Pascual. 1—42

ALCALDIA DE PALMA

Secretaría.—Quedan depositados en esta oficina una cuchara de plata y un pendiente de oro encontrados en la vía pública.

Lo que se anuncia al público para que llegue á conocimiento de la persona que haya extraviado aquellos objetos.

Palma 11 Agosto de 1892.—El Alcalde, El Marqués de la Bastida.

CON BANQUILLO
PARA DESCANSO DE LOS PIÉS



Nuevo, Práctico, Higiénico

MAQUINAS PARA COSER

Naumann

Las mejores del mundo

PARA FAMILIAS É INDUSTRIALES

Nuevos y variados modelos

Ventas á plazos y al contado

COMELLAS Y C.^A

Cereros 11. Palma



Compañía de Seguros reunidos

Domicilio social: Madrid calle de Olózaga, núm. 1. (paseo de Recoletos).

GARANTÍAS

Capital social efectivo. . . Ptas. 12.000,000

Primas y reservas. . . > 40.697,980

Total. . . > 52.697,980

VEINTE AÑOS DE EXISTENCIA

Seguros contra incendios

Esta gran compañía nacional contrata los riesgos de incendios.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1846, de su fundación, la suma de pesetas 48.301,675'33.

Seguros sobre la vida

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las de vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse al subdirector D. FRANCISCO DE PAULA ARIAS, calle de San Bartolomé, 5, pral. PALMA.

MOSAICOS HIDRAULICOS

Escofet, Fortuny y Compañía

Ronda de San Pedro, 8—BARCELONA

Esta casa es la más importante de España y el Extranjero

La principal condición que deben reunir los PAVIMENTOS HIDRÁULICOS, es la de ser fabricados de mucho tiempo antes de su empleo.

La casa ESCOFET, FORTUNY Y COMPAÑÍA no entrega sus productos hasta después de seis meses de su fabricación, y tiene siempre en sus almacenes DOSCIENTOS MIL METROS cuadrados de sus mosaicos en disposición de ser colocados.

En precios y solidez ninguna fábrica puede competir con los productos de esta casa, y en dibujos es la única que los posee originales de propiedad de la misma casa y no copiamos de catálogos extranjeros, como la mayoría de las otras fábricas.

Únicos representantes en esta isla, señores MARTINEZ y PLANAS, San Juan, 20, Palma de Mallorca.

IMPRESA DEL COMERCIO—CONQUISTADOR, 43